

Mobymelville

La matanza.

El aire transporta su olor desde hace más de medio día, desde antes de que amaneciera. Nada huele de esa forma, ni la mayor epidemia de peste. Ningún remedio de los hombres puede disimularla: ni la quema de ámbar oscuro, ni el bálsamo de copaiba y trementina, ni el gálbano de los judíos ante el altar de oro, ni el incienso, ni los perfumes que se desprenden de sus mejores ropas.

Sus vientres grisáceos se habrán dado la vuelta y flotarán mirando hacia el sol. Sus barbas, puestas a remojar de la misma manera. Sus cabezas alargadas, vueltas hacia atrás, tendrán los ojos cerrados, y los buitres marinos las estarán picoteando.

Antes de que se callaran, escuché sus cantos monótonos, largos y graves. Nos avisaban a las demás. Yo me encontraba a una distancia que los hombres establecerían en unos dos mil kilómetros. Por qué empezamos a nadar en aquella dirección en lugar de hacerlo en el sentido opuesto es algo que un hombre no entendería. *Esta vez es distinto*, decía el mensaje que transportaban las olas con la zozobra de una borrachera o de una borrasca en mitad del Atlántico. *Nos persigue un grupo*. Eso entendimos, esa fue la palabra que emplearon. No un ballenero, ni unos pescadores. Un *grupo*. Estoy cada vez más cerca y lo percibo en el aire: el olor es diferente.

Hace tiempo que lo aprovechan todo. Se comen nuestra carne y la abundante grasa no supone un desperdicio, ni la piel, ni siquiera los huesos. Todo se destila en conservas, en aceites, en jabones. Este olor a putrefacción que proviene de alguna de las islas del Atlántico Sur se asemeja al de antaño, cuando los primitivos balleneros abandonaban nuestros esqueletos y los restos de carne fermentada desprendían un hedor tan insoportable que ningún barco se aproximaba en un radio de varios kilómetros.

Debe de tratarse de una manada, porque sus cantos se acumulan unos sobre otros hasta confundirse y porque este olor no puede provenir de un solo espécimen, aunque sea uno de los mayores, aunque alcance a pesar cuarenta toneladas en una de sus básculas.

Estoy más cerca de lo que yo misma sospecho. El olor es tan penetrante que las gaviotas se alejan asqueadas. El mar está revuelto, como si debajo de ellas alguien pulsara sus cuerpos sin cesar, como si fueran las teclas negras y blancas de un piano.

He llegado.

Nada, sin embargo, hacía presagiar esto:

Tengo que levantar mi cuerpo para buscar el horizonte en el que los cuerpos se pierden y aún así no distingo dónde termina la masacre. Las aves carroñeras no tienen que mojar sus patas en el agua para saltar de una a otra porque la carne muerta de las

ballenas azules, mis hermanas, se extiende de tal modo que resulta obsceno sacar uno de sus aparatos de medición para calcular el exterminio en cifras. Los tiburones están enfebrecidos, deliran en la bañera de agua salada, grasa y carne desgarrada y esparcida en trozos en que se ha transformado el mar. Son ellos los que tarareaban esa pieza de bravura que sacudía las aguas debajo de las montañas apiladas de ballenas agonizantes o muertas. El delirio que posee a los tiburones es de tal magnitud que se muerden entre ellos. No distinguen entre jirones colgantes de carne y sus propias aletas. Dos, tres, cuatro mil. Es imposible saberlo. Y aunque su canto nos avisó, todas corrimos hacia este núcleo que nos tritura.

Pero no son ellos, los tiburones, tan carroñeros como las aves, ni los balleneros, pues no me he cruzado con ninguno.

Ahora los veo, sólo para intuir que es demasiado tarde.

Un diminuto arpón, tan pequeño como un crustáceo, se clava en un lateral de mi vientre y dentro de mi cuerpo su carga estalla, reventando, lo noto, una de las arterias principales. La sangre mana con la fuerza que lo haría una columna de aire y agua a través de uno de los orificios de mi cabeza. Son ellos. Parecen hombres, pero no lo son.

Los hombres no se comportan así: nosotras los conocemos a ellos mejor que ellos a nosotras, aunque nos devoren. A este grupo, sin embargo, no lo comprendo. No busca nuestra carne. No pretende fabricar paraguas, ni hilos, ni detergentes, ni cremas. Entiende nuestro lenguaje, al contrario que los hombres, que lo han grabado y reproducido en sus aparatos sin entender absolutamente nada, y a pesar de esa ceguera inventan que su especie es más inteligente.

Ya nada importa.

Me debilito.

Daré la vuelta, como las demás. Mostraré mi vientre al sol para que lo caliente y dormiré para soñar con una constelación.

Llamadme Ismael.

Llamadme peregrino Darrell Standing, o astronauta Bowman, o Palmer Eldritch, o simplemente Ismael, porque habito páginas de fábula, como cualquiera de ellos. He llegado hasta aquí a bordo del Nimrod.

Cada vez que mis aminoácidos se encienden, comprendo que ha llegado la hora de embarcar, antes de que la secuencia de bases se descomponga y mis fragmentos caigan desperdigados en un inabarcable vacío, entre nebulosas distanciadas en un universo que ahora se dilata. Antes de que el malestar me resulte insoportable y me abandone a la nostalgia, debo subir a bordo. Los hay que se hacen soldados, o estudiosos, o artistas. Yo tengo que tomar un barco. Aunque sea el Nimrod, a la caza de una aberración enigmática y caprichosa que tiene tanto de oscura como de insaciable.

He aprendido de leerlos. Me he ilustrado porque soy el escribiente del *grupo*. No es mi única tarea. En cualquier caso, soy insignificante, casi un grumete a bordo al lado de los demás.

Esto es lo que escribo de nuestro viaje:

Las grandes compuertas se abren ante nosotros, penetramos en los túneles y así bordeamos discos de cien mil millones de estrellas. Los rozamos antes de saltar al

interior de un cúmulo globular en el que son tantos los minúsculos puntos luminosos que todo se confunde en un único espacio de fosforescencia que parece que nunca va a acabarse. He presenciado lo que los hombres llaman brazos espirales, y también he visto, mientras mis latidos dormían ralentizados, cómo una galaxia elíptica aceleraba para nosotros sus movimientos y se tragaba otra menor, fagocitándola del mismo modo que hacen ciertas bacterias con otras más pequeñas. Hemos dejado tantos túneles (la distancia más corta entre dos puntos lejanos del universo no es, ni siquiera se acerca, una línea recta, sino un túnel) detrás de nosotros para llegar aquí...

Después de leer vuestros libros, decidí que mientras sigamos cerca de este tercer planeta a él lo llamaríamos Mobymelville. Nuestro capitán, al que en esta lengua llamaré Zagreo, recuerda a un *Abade chacurra*: un sacerdote, también cazador (hasta lo enfermizo), que sufrió condena al abandonar el templo en el que oficiaba una celebración litúrgica cuando sintió ladrar a sus perros, enloquecidos por el olor de una presa en las inmediaciones de la iglesia. El castigo consistió en que echara a correr sin descanso detrás de sus perros en un torbellino inútil que no conoce final. Igual que nosotros.

A Hua Hsu y a mí nos avisaron: no era buena idea enrolarse en el Nimrod. Su capitán estaba perturbado desde que Mobymelville, hacía mucho tiempo, lo desfiguró, según nos dijeron. Mobymelville le arrancó un fragmento del ADN que no se pudo recomponer. Desde entonces no puede transformarse en otra cosa que en un retrato deforme de su propia imagen desfigurada. Vive encerrado en su camarote desde que comenzó la travesía, lo que con vuestros instrumentos de medición equivale a unos tres mil años. Yo apenas lo he visto en este tiempo. La incontinenencia de la búsqueda nos lleva de un túnel a otro, alejados de cualquier centro gravitacional que frene nuestra caída infructuosa e inacabable en pos de Mobymelville, como si fuera un demonio que se esconde y se nos escapa cada vez que creemos que vamos a alcanzarlo. Sueño, como todos, con piernas negras, con alas azules, con su cabeza de salamandra y también con que daremos fin a su corrupción y deleite en el desorden.

Uno de nuestros exploradores, T'si, que también es el mejor de nuestros arponeros, lo encontró en este lugar. De eso hace poco más de cien de vuestros años. El capitán Zagreo recibió el mensaje y ordenó que el Nimrod pusiera rumbo inmediato a las coordenadas que marcó T'si, las de este pequeño planeta que gira alrededor de una modesta estrella, la cual a su vez está escondida en un extremo de una pequeña galaxia, un lugar apartado de todo. Puedo contarle de una manera más sencilla: Mobymelville se escondió en el equivalente a una isla diminuta entre las miles y lejanas del océano Pacífico, y ahora nada en el Atlántico.

Cómo se quedó solo esperando nuestra llegada.

Uno de vuestros cuentos narra la historia de un ogro que podía transformarse en cualquier cosa. Un gato le pidió que adoptara la fisonomía de un león y el ogro lo hizo. Simuló asustarse y luego le propuso al ogro que hiciera algo más difícil: transformarse en un animal pequeño, como un ratón. Eso hizo el ogro poco antes de que el gato lo devorara.

He repasado vuestra historia. Hace varios siglos, en concreto durante el transcurso del año 1346, Mobymelville, aburrido en su escondite, sin otra cosa que hacer que reproducir a pequeña escala la devastación de la que era capaz, se transformó en un diminuto monstruo y asoló Europa. Se llamó a sí mismo Yersinia Pestis, y con ese nombre extendió una marea de muerte a la que se llamó Peste Negra. Para ello, evitó la

luz, buscó la humedad y el agua corrompida y se introdujo y reprodujo en las pulgas, que también se multiplicaron, como las ratas a las que éstas mordieron, transmitiéndoles así la bacteria, que luego saltó a conejos, liebres, gatos y hombres. Destruyó ganglios y tejidos, multiplicándose hasta la náusea. Cuando terminaba con uno, saltaba a otro huésped. Así bailó una danza esperpéntica que lo entretuvo unos años, hasta que se cansó. Conservó el gusto de mutar su material genético hasta los límites de lo diminuto, y alguna vez lo ha hecho, simplificándolo en criaturas minúsculas, poco más que un hilo de ARN que precisa introducirse en huéspedes menos simples para multiplicarse.

T`si no viajó solo. Con él lo hizo un segundo explorador al que llamaré Raxda. Ambos descubrieron que Mobymelville adoptaba como forma preferida la del mayor de los mamíferos, una gigantesca ballena que nadaba en los océanos a placer y se alimentaba de toneladas de krill. Uno de vosotros, un hombre lúcido, le dedicó un libro.

T`si y Raxda hicieron sus cálculos y llegaron a la acertada conclusión de que desde donde nos encontrábamos, tardaríamos al menos cien años en llegar, aunque viajásemos a través de los túneles. Raxda ideó mientras un plan para cazar a Mobymelville. Su metamorfosis fue al mismo tiempo perdición y triunfo aparente.

Raxda se transformó en un hombre. Pronto hizo fortuna y ascendió. Desde su puesto en la sombra manejó a otros hombres, dinamitó economías y aceleró el progreso. A finales del siglo XIX alentó la caza de la ballena, confiando en que el azar lo llevara hasta Mobymelville. En Japón, Noruega e Islandia promovió una desatada cacería que asoló la población de rorcuales aliblancos, yubartas y ballenas azules, pero no sirvió de nada. No fue Raxda quien encontró a Mobymelville, sino Mobymelville a él.

Raxda cometió la imprudencia de alejarse de las plantaciones de algodón y de azúcar en una de sus expediciones por las selvas de Guyana. Atravesó, él creyó que por accidente, un lodazal y allí lo esperaba Mobymelville, transformado en una diminuta larva que penetró por una pequeña fisura que encontró en un dedo de un pie. Alcanzó una de las pequeñas venas de la extremidad y a través de ella viajó hacia otras de mayor tamaño, dejándose arrastrar por la corriente. Como si desde un camino de tierra hubiera acabado por alcanzar una autopista después de atravesar carreteras secundarias: así llegó Mobymelville a la vena cava inferior, por la que ascendió hasta la entrada a la aurícula derecha del mismísimo corazón de Raxda. La fuerza de la corriente lo llevó al ventrículo derecho y de ahí a las venas que se adelgazaban en dirección a los pulmones para oxigenarse, alcanzando así los alvéolos pulmonares. Ascendió luego de los bronquiolos a los bronquios y de ahí a la tráquea. Entonces ya había madurado de larva a parásito adulto y así fue deglutido por Raxda: pasó de las vías respiratorias a las digestivas a través del esófago, bajó al estómago y cuando alcanzó el intestino, que era el lugar que buscaba, quedó prendido con uno de sus garfios y empezó a consumir a Raxda. Cuando él percibió lo que ocurría, fue demasiado tarde. Raxda adelgazó hasta convertirse en un pellejo de piel y huesos. Intentó transformarse y recuperar su aspecto original, pero no pudo. Mobymelville, clavado en sus intestinos, se lo impidió. Luego Mobymelville rompió la doble hélice del ADN de cada una de sus células en miles de fragmentos, disolvió los enlaces de fosfato que unían sus bases y sus azúcares y dejó flotando en el aire de una selva apartada de Sudamérica las moléculas de adenina, guanina, citosina y timina que congregadas se llamaron Raxda. Y T`si se quedó solo esperando a que llegáramos.

El primer oficial en el puente de mando.

¡Viejo horrible! Todos estamos por debajo de él. A todos nos arrastra en esta locura en la que la razón ha sido la única que se ha rebelado contra su capitán. Sólo una implosión de toda la materia, succionada en un cataclismo, nos detendrá. Hasta que llegue ese momento, vagaremos como las últimas estrellas, en un lamento que huye y anhela al mismo tiempo el vacío del que procede. El capitán se siente rey en el espacio infinito de su camarote y yo me siento encerrado en un universo del que aún no encontré los límites.

¿Quieres evitar uno de los gigantescos agujeros negros? Yo, todo lo contrario. Deseo que el buque se despeñe por uno de ellos, que quede aniquilado en las proximidades de un horizonte de sucesos junto a las demás partículas que se atrevieron a acercarse, que se hunda en el frío de una millonésima de grado centígrado y en el silencio.

Tus cicatrices monstruosas inspiran lástima. Pero es lo único, Zagreo, todo lo demás en mí odia cada centímetro de nave. ¡Oh, Dios! Tener que navegar por túneles perennes y dejar atrás millones de estrellas por el capricho de uno, al lado de una tripulación necia, engendrada por este mismo gas que flota sin condensarse en cuerpos a lo largo de millones de años luz.

En esta hora de la guardia, los cuerpos sin vida de las ballenas se amontonan a mis pies como cañas de azúcar tronchadas sin que haya servido de algo.

El segundo oficial, en el bote.

Hua Hsu, atiende, llega una manada por el norte, prepara el arpón.

¡Todos en sus puestos! El capitán os mira desde un ojo de buey y está apuntando todos y cada uno de los disparos que dan en el blanco. Ni preguntas ni dudas. En fila india y a bailar.

Pronto recogeremos y volveremos al Nimrod, en cuanto terminemos. Las hierbas desaparecen en un mar de hierba y Mobyelville está en el agua.

¡A bailar!

Huracanes insólitos clamando.

—¿Embarcarán en esta nave?

Hua Hsu y yo acabábamos de dejar nuestro equipaje en nuestros camarotes y nos disponíamos a despedirnos de las cuatro lunas.

—Si se refiere al Nimrod, sí, iremos con el capitán en busca de Mobyelville.

—¿Qué decía el contrato acerca de las sombras?

—¿De qué habla?

—De la mirada a la luz de mediodía, de la campana que ciega, de las olas que inundan de sal.

—¿Está loco? Déjenos tranquilos.

—De la hora que pasa, de la torre sin ruedas, de los reptiles que se enroscan de noche y no pueden dormir.

—No sé a qué viene este parloteo, mejor váyase.

—¿Habéis conocido ya al capitán?

—No, todavía no.

—Bajo sus uñas se respira el mismo olor de acequias corrompidas. ¿No os han contado nada de lo que hizo con Mobyelville?

Nevus era un edén de doce mil kilómetros de diámetro que rotaba sobre su eje cada treinta y tres días. Una cubierta cálida de nubes inspiraba desde el exterior leyendas de belleza y de jardines prohibidos. Debajo de esa bóveda que lo protegía del exterior poseía una superficie fértil y húmeda, salvo en determinados núcleos pantanosos. Helechos gigantes, organismos primitivos, frutos de troncos perennes, colores versátiles en estaciones que se sucedían regulares y metódicas. Zagreo y Mobymelville quisieron borrar cualquier recuerdo de tiempos anteriores, el futuro de Nevus debía ser cosa de ellos. Construyeron ciudades y carreteras que recorrieron sus valles y sus colinas. Sus jinetes debían preservar el orden y patrullaban sus planicies. Acotaron la vegetación. Gobernaron durante milenios, hasta que el sueño de Nevus se transformó en una pesadilla.

Hoy, una atmósfera densa de cincuenta kilómetros de espesor envuelve al planeta. Desde el exterior, ese envoltorio proporciona un aspecto más gentil incluso que el que tenía en principio. La realidad es que los rayos de la estrella que lo ilumina a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia penetran como cuchillos en la espesura de ácidos refulgentes y luego no pueden salir, recalentando el suelo. Las nubes oscurecen completamente la vista del cielo desde sus valles. El agua se evaporó cuando la temperatura empezó a subir y su cubierta de anhídrido carbónico no encuentra forma de disolverse. El resultado es que se ha convertido en un árido infierno con temperaturas medias en su superficie de quinientos grados centígrados según las escalas de los hombres. Mobymelville todavía afirmó que *era innegable que lo había mejorado*.

—Por lo que sé, lo que ocurrió con Nevus no fue cosa del capitán —dije.

—Son el mismo demonio.

La doble naturaleza, creadora y creada, contrarios escindidos e inversiones: lo blanco tiende a lo negro, la vida a la muerte, el tiempo que fue hacia el que será, Jakin y Bohaz en la Cábala, o Lamia, que es sirena y devoradora de niños al mismo tiempo.

—No entiendo por qué odia al capitán.

—Abajo, perros. Marchaos con él.

—No nos hables así, no eres nadie para hacerlo.

—Os llamaré puercos cien veces antes de que partáis.

Las tormentas de Nevus son ahora de vientos ardientes y sacuden la superficie del planeta sin descanso. Una sucede a otra hasta parecer la misma. Y aunque no fuera así, antes de apoyar un dedo en la roca hirviente de su superficie, éste se habría licuado. Antes de que los ojos se alzaran para contemplar la espantosa nube fuliginosa y rojiza que niega la existencia de estrellas detrás, parecerían acuarelas derramadas en unas cuencas desocupadas.

En los aposentos en los que dormimos esa noche antes de la partida, le pregunté a Hua Hsu qué opinaba de todo eso. Hua Hsu desvió la mirada a un rincón de la habitación. Sus ojos siempre son honestos, pero lo que hicieron esa noche fue callarse. Primero se desnudó, luego se arrodilló en el centro de la habitación y a continuación se puso a rezar en una lengua que yo, experimentado intérprete, nunca he sido capaz de comprender.

Primera luz (Hua Hsu antes de que llegásemos, al avistar Júpiter).

Siempre quise vernos como una orden de caballeros en busca del Grial o como una milicia de guardianes que pelea contra el caos que él origina allá por donde pasa. Mobymelville lo siembra todo a su paso, como un occidental orgulloso de sus

instrumentos que viaja hasta un territorio virgen de Oriente, que los desconoce, para imponerlos como medida de todas las cosas.

Quién es realmente Mobymelville. Esa sería la pregunta. Apostaría a que más que un sátiro. Si tuvo padres, como yo, estoy convencido de que sembró de cardenales el vientre de su madre dándole patadas desde el interior antes del nacimiento. Si nació en un lugar preciso, de ese sitio no tengo referencias.

Mobymelville se presta a un juego de fantasmagoría que él mismo incita. La respuesta acertada tal vez sea que Mobymelville es una ilusión óptica. Yo mismo puedo serlo, al menos eso me pregunto cuando llevo un rato mirando la imagen que refleja la superficie de algún mar. Si Mobymelville es una ilusión, ha escogido las prendas más lustrosas para aparecer en escena. La destrucción que origina puede parecer el sacrificio inmanente al movimiento de contracción y dilatación, nacimiento y muerte, sístole y diástole que rige la cosmología de los Antiguos. Y por qué no. La necesidad de desmembramiento que practica Mobymelville, fragmentando cada segmento de ADN en sus moléculas primordiales y dispersándolas luego, es la misma necesidad que nosotros tenemos de destruir esa dispersión. Al menos eso quise creer siempre.

Ahora ya no estoy tan seguro.

A través de las ventanas de la nave vislumbro otro planeta, enorme. Hemos pasado delante de tantos que se confunden en mi memoria. Distingo un enorme ciclón, lo bastante grande como para tragarse alguna de sus muchas lunas, una mancha roja caníbal que envuelve a su paso cada pequeño trozo de hielo y piedra.

¿Por qué dudo? Porque yo sí tengo memoria, al contrario que esta tripulación que parece dejarse zarandear por el viento.

Sucedió en un planeta enorme, como este.

Llegamos al amanecer. Nuestras sombras se alargaban casi medio kilómetro en la llanura. Un mensaje al Nimrod informó que podía encontrarse allí, entre ellos. Puede que fueran un millar de cabañas de tierra y piedra molida, apretadas unas con otras. No dio tiempo a contar los ocupantes. Éramos la avanzadilla de la nave. El buque esperaba allá en lo alto. Recuerdo los ojos de Zagreo a través de las ventanas. Recuerdo la cara de satisfacción de Draguo, el arponero, y la salivación de Caro, el segundo oficial. Sus esputos casi quemaban la tierra al desprenderse de sus labios. El *grupo* avanzó despacio. Nuestras siluetas se recortaron en el horizonte. Desde las cabañas, debieron vernos como figuras negras de enormes sombras alargadas. La iridiscencia de los primeros rayos del día contorneó nuestro perfil y cegó sus ojos. Entonces creyeron en Dios. Debía existir como contrapunto a nosotros en un universo de contrarios. Draguo los cogía por el cuello y luego practicaba un profundo corte horizontal justo debajo de la coronilla, metía los dedos entre la piel y el cráneo y tiraba hacia delante, extirpando con su dolorosa y sangrienta ceremonia la cabellera de cada uno de ellos como si fuera un trofeo, llevándose a veces en uno de sus violentos empujones parte de la cara. En una bolsa fue recolectando sus laureles, como haría un recolector de uva. Caro, el segundo de a bordo, escupía sus órdenes y el grupo las cumplía con eficacia, de modo que nadie escapó, sin que importara el tamaño o la edad. Los gritos apenas duraban nada, un instante, un segundo. Los había, entre nosotros, que sólo indagaban: retiraban los puñales al descubrir, una vez que les arrebataban el aliento, que en aquellos cuerpos él no se escondía. Y buscaban en el siguiente cuerpo sin escuchar sus gritos, del mismo modo que los ganaderos no atienden a los quejidos de las reses mientras las descuartizan. Al terminar, cavamos un agujero en la tierra y los apilamos. Después ardieron. La información era incorrecta. Mobymelville no estaba entre ellos, o bien había escapado de allí, como hace siempre, desapareciendo antes de que lo avistemos.

Seguimos las huellas que él deja a su paso. Y dejamos un segundo reguero de pistas detrás de nosotros.

Él vence. Es un cometa y nosotros somos su cola. Ardemos de la misma manera. Cuánto tiempo seguiré a tu lado, mi capitán. Presiento que no mucho, aunque sea el único que me rebele y al abandonaros tratéis de darme caza como a una presa más, como si fuerais perros que han atrofiado todo sentido que no sea el olfato y con él sólo podáis oler sangre.

Memorial de T`si.

Lo tuve tan cerca que casi pude tocarlo. Pero fue él quien me tocó a mí, como a Raxda, y ahora lo llevo dentro, como una extensión, una sucursal, una colonia apartada del origen que instaló aquí su bandera. Y nadie puede sacarlo.

Lo noto en sus ojos. Esperan el momento de deshacerse de mí. Pronto resultaré tan inservible como molesto, y hasta cierto punto peligroso, o cuando menos complicado. En una de sus metamorfosis él me escupió ARN en forma de virus y se convirtió en un parásito de mis células. Las utiliza para reproducirse. Mobymelville se adhiere a la pared de mis leucocitos, penetra en ellos y en su interior se comporta como el más rastreador de los parásitos. Utiliza los elementos de mis células para reproducirse y cuando ya ha tomado lo que necesitaba sale al exterior, reventando las paredes y de ese modo destruyéndolas, como un cuervo desagradecido criado en un vientre que luego devora. Así se multiplica sin que pueda detenerlo. Así se extiende por todas las poblaciones del planeta, a través de la sangre y del semen, de las secreciones vaginales, del desconocimiento y de la insensatez.

Me llevaron al camarote del capitán. Quiso examinarme. A fin de cuentas algo dentro de mí pertenece a Mobymelville.

¿Y cuando termine este periodo de latencia? ¿Qué ocurrirá cuando dentro de muy pocos años se desarrolle la enfermedad en su plenitud, cuando mi cuerpo se consuma y se convierta en una amalgama de síntomas que pueden listarse, cuando mis defensas caigan y cualquier organismo pueda alimentarse de mí? ¿Acaso tengo que tolerar que hasta los perros me devoren el hígado a la vista de mis propios ojos?

¿Qué harán ellos entonces?...

¿Acaso tienes que preguntártelo?

La fontana.

—¿Esos chorros son agua de verdad o sólo vapor?

—Jengibre y agua tibia.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Te burlas de mí.

—Cuando nos acerquemos a ellas, pruébalos.

—Estás loco. A no ser que lo ordene el capitán, no pienso bajar ahí. El olor es insoportable.

—Tendremos que bajar.

—¿Para qué?

—Comprobaciones.

—No hay nada que comprobar. No está y punto.

—Tendremos que comprobarlo.
 —¡Pero qué peste!
 —Dentro de unos días será peor, cuando empiecen a pudrirse.
 —Fíjate, cómo las mordisquean desde debajo del agua. No sé cómo pueden hacerlo. Y siguen llegando. No vamos a terminar nunca.
 —Ya falta poco. No deben venir muchas más.
 —Eso espero. Necesito dormir.
 —Vosotros dos, menos cháchara y a lo vuestro.
 —Imbécil, quién se habrá creído que es para mandarnos callar.
 —Tal vez el segundo oficial.
 —Es un arrogante. No sabe ni la mitad que Hua Hsu y da el doble de órdenes.
 —Y si no te callas, hará que bajes el primero.
 —Ni hablar. Yo a ese estercolero no bajo, ya lo he dicho.
 —¿Y quién hará las comprobaciones?
 —No hace falta. Él no está entre ellas. ¿De quién fue la idea de cazarlo de este modo?
 —Del capitán.
 —¿Y tú a qué vienes?
 —Os he escuchado. Fue idea del capitán. Por lo que le contó T`si.
 —¿Y ese apestado qué sabe?
 —Callaos, ahí viene el segundo oficial.
 —Que nos oiga. Un loco sigue los consejos de un infectado y la nave, con nosotros, va detrás de ellos.
 —Vosotros tres, abajo.
 —Pero, oficial...
 —¡Abajo he dicho!
 —No podías callarte. Ahora podrás ver de cerca los chorros de agua.
 —Entonces, ¿son de agua?

Sin darme cuenta, he fumado contra el viento (Hua Hsu, de vuelta, al avistar las lunas de Saturno).

Los terrones helados no se expanden. Ignoro por qué razón no se alejan de la órbita de los anillos, por qué dan vueltas sin descanso alrededor de Saturno, por qué las diminutas lunas acorralan el material y por qué las obedecen a ellas. Encontré incluso un anillo al que no presionaba ninguna luna que lo atrapara entre dos gravitaciones, la suya y la del enorme globo de gas flotante. Tampoco escapa. Da vueltas, como los demás. Saluda al sol cada diez horas y queda envuelto en franjas ocres de amoniaco y vientos que lo empujan en la misma dirección, como a una noria de feria.

Los trozos de hielo y roca me recordaron las guirnaldas y las flores que adornan a los niños amortajados con ropas blancas. Acaso ahora escuche, para concluir, los toques de cuatro campanas, dos mayores y dos menores, llamando a Vísperas, justo cuando el capitán abra la escotilla y salga por fin a cubierta a respirar el nauseabundo soplo que creó sobre el Atlántico y que aún permanece en la nave y que no nos abandonará.

Y si aparece el señor de leviatanes, lo hará con su pipa, pero no encontrará calma en ella. Culpará en principio a la humedad, pero acabará por darse cuenta que se engaña. La vaciará y volverá a cargarla con hojas de *Dialis Flamen* de los campos secos y cálidos de Ethos. Desmenuzará las hojas y llenará la pipa de nuevo en tres capas,

aspirará y la encenderá con un fósforo, no de otra manera, prenderá la superficie y aspirará en tramos cortos y rápidos. Se la sacará de la boca y la mirará con extrañeza. No le calmará ni le saciará. El olor de la grasa de las ballenas se adhirió a la madera y se introdujo en la boquilla. Le parecerá que fuma huevos podridos de dinosaurio o que gusanos de dos metros han defecado en el interior, sacos de bacterias descompuestas entre las que no se encuentra Mobymelville.

Cuántos mundos estériles, cuántos giros inútiles, cuántas carreras en pos de un fantasma.

He visto mundos helados cuya superficie brilla con tanta intensidad que, cuando nos alejamos, parecen el punto más brillante del cielo. Hemos cruzado planetas que intercambian sus órbitas y casi colisionan en esos giros imposibles. He encontrado una luna con un cráter tan enorme que parecía que le habían arrancado de un mordisco sus extremidades, dejándola flotar en el espacio como a un autista lisiado sin boca ni ojos que reclama que alguien lo sacrifique. He conocido especies de todo tipo, hermosas y caricaturescas, que hemos transformado en corderos inmolados por el peso de nuestra espada y que ardieron como tetramorfos. He celebrado el encuentro de seres anormales: mutilados sin cabeza y cabezas de coral en cuerpos de león sacados del *Monstrorum*; cruces de cabra y reptil que dieron como resultado un jeroglífico de furia y malicia que a él le habría gustado, si no fue él quien favoreció esas colisiones; cajas de Pandora abiertas en un mar de pátinas grises, y en el mismo, unos peces, por llamarlos de algún modo, que satisfarían como mascotas a todos los capitanes de todos los buques tramperos que acechan a los demonios desperdigados en el mar de las constelaciones.

La única paz que puedo conocer no consiste en hacernos con la presa, sino en una sístole del todo que contraiga lo conocido en un punto y vuelva a nacer de nuevo en otra explosión, en un nuevo renacimiento que volverá a pedir cuando se expanda la misma limpieza.

¡A remar!

¡A remar, aunque no se trate de Mobymelville!

¡A remar hacia el centro del remolino, hacia el agujero negro!

El náufrago, en Plutón.

No es un hecho tan insólito que en nuestras travesías recojamos algún náufrago, ya se tratara de un castigo de su capitán, o de un accidente de navegación, o de un naufragio del buque en el que viajaba. Yo, Ismael, aunque menos experimentado que Hua Hsu, que el primer y que el segundo oficial y, por supuesto, menos que el capitán, en realidad menos experimentado que casi cualquier miembro de la tripulación, ya he conocido casos así.

El bote con la avanzadilla subió a bordo y el capitán fue informado de lo que todos sospechábamos: Mobymelville no estaba entre ellas. Mandó que el Nimrod partiera de inmediato, para alivio de la marinería, que no podía soportar aquel olor. Rumbo de vuelta. Y al pasar junto a Plutón, lo avistamos.

Fue un consuelo para Poro, que así se llamaba, y que llevaba en aquella décima parte de roca al menos setecientos años terrestres. Desde donde se encontraba, hizo señales a Raxda y a T'si, nuestros exploradores en la Tierra, pero ellos no lo vieron. Cien años después pasó el Nimrod y también hizo señales, sin resultado. Rezó para que el Nimrod regresara por el mismo camino por el que había llegado, pues si seguía hacia delante se perdería en un infinito del que, para él, no regresaría, y quién sabe cuántos siglos deberían transcurrir hasta que la siguiente nave apareciera por azar en un rincón

tan apartado como ése. Poro lo preparó todo para recibir la aparición del Nimrod en un hipotético viaje de vuelta que podría acercar la nave, como sucedió, a aquel último pedrusco de ese sistema solar llamado Plutón al que incluso los hombres tardaron en descubrir: un compositor llamado Gustav Holst escribió una suite sinfónica sobre los planetas en 1917 en la que olvidó al desconocido, lejano y diminuto Plutón porque en esa fecha aún nadie lo había visto.

Un naufragio dejó a Poro apartado en ese islote sin vida compuesto de hielo reflectante y roca en el que, sin otro entretenimiento al que dedicar siglos de aislamiento y soledad, se dedicó a imitar el canto de las ballenas, el único sonido capaz de atravesar el vacío del espacio y llegar hasta el tercer planeta.

—Entonces escuché su risa —nos dijo—, porque él, que primero arremetió contra nuestra nave hasta hundirla, dejando que la tripulación vagara desperdigada por el vacío a su suerte, en el tercer planeta adoptó la forma de una ballena azul y cantó como ellas.

Mobymelville le dijo que se considerara afortunado, ya que otros habían arduo al caer en alguna atmósfera, alguno se carbonizó cuando se aproximó demasiado al sol y los demás, los menos afortunados, vagaron por el vacío distanciándose cada vez más del sistema solar hasta consumirse. “No necesitas aire”, pronunció, “y tu naturaleza es fuerte. Sabrás derretir el hielo y destilar la atmósfera de metano, nitrógeno y monóxido de carbono en algún brebaje incomedible que te mantendrá con vida.” “No todo fue suerte”, añadió, “yo te ayudé a caer de forma que sobrevivieras y lo hice porque quiero que lo cuentes. Habla de mí. Yo soy leyenda, y soy tránsito, y soy final. Yo soy dragón entronizado.”

—Cierra la boca con tus patrañas —ordenó Caro, el segundo oficial.

—Deja que hable —intervino un miembro de la tripulación—, dice la verdad. Nadie lo persigue y sobrevive para contarlo.

—¿Acaso sois niños que tiemblan con historias de aparecidos?

—¿Tanto te molesta que diga la verdad?

Y durante ese conato de revuelta, escuchamos un fuerte golpe en el puente.

El doblón.

Lo que encontramos confirmó mis suposiciones: el capitán también había leído la novela del escritor del tercer planeta, la que trata sobre la cacería de una ballena blanca maldita que domina el mar; y alguien de la tripulación le hacía llegar con puntualidad mis escritos a su camarote y él los leía con fruición, convirtiéndome de ese modo en un confidente del puesto de mando sin proponérmelo. Por qué otros medios se le habría ocurrido lo del doblón.

De alguna manera se hizo con una de esas piezas doradas y la dejó prendida en el timón al lado de una nota. En ella nos exhortaba a continuar el viaje. Revistió nuestra tarea de aires religiosos. Nos llamó arcángeles y guardianes. Éramos, según él, *un cruce de monje y soldado que salvaguardaba el orden en el universo e impedía que éste se encaminara hacia una destrucción segura*. Sacrificábamos mucho, pero teníamos de qué sentirnos orgullosos y satisfechos. Quién podía saber cuánto tiempo duraría la persecución de Mobymelville. Y quién podría nombrar al que vendría después. Habría futuras persecuciones a las que la tripulación podría o no unirse, pero ahora nada debía hacerles renunciar a la *sagrada misión*, así la llamó, que nos había sido encomendada.

La nota del capitán terminaba con una advertencia y una recompensa: aquél que no quisiera seguir en la nave sólo tenía que decirlo y él lo dejaría en Plutón; en cambio,

el que avistara primero a Mobyelville sería dueño del doblón que acababa de dejar junto a la nota, un galardón simbólico de la prima que le esperaba una vez que regresáramos.

Y en contra de lo que yo mismo pudiera sospechar, lo que se escuchó a continuación en el Nimrod fue un grito unánime que levantó Caro: “¡Tres hurras por el capitán!” Y casi todos, si no todos, entonamos esa triple salutación, y las siguientes horas transcurrieron felices.

Y el Nimrod se hundió en un punto lejos de ningún antes, lejos de Plutón, lejos de las extintas ballenas azules, lejos de las letras alfa y omega, lejos de esta lengua en la que escribo. Nos adentramos en uno de los finos tubos del espacio-tiempo a los que llamamos túneles y serpenteamos entre cúmulos de galaxias de diversas formas, tamaños y tintes que parecieron, otra vez, pequeñas flores de un jardín estelar.

Los animales quieren suicidarse.

En un acantilado de Florida, hubo un día de agosto en el que sesenta ballenas se estrellaron contra las rocas. La manada se encaminó a su fin con una determinación irrenunciable, seguras de lo que hacían, y aunque unos barcos intentaron asustarlas para que huyeran en dirección a alta mar, no lo hicieron, y si a alguna de ellas le impidieron el paso, retrocedió sólo para buscar otro punto por el que pudiera burlar la vigilancia de la guardia costera y así poder estrellar, como hicieron todas, la cabeza contra las rocas. En pocas horas formaron toneladas de carne muerta de las que se alimentaron las aves marinas y los peces de pequeño tamaño que bordeaban en ese momento los riscos, los cuales no creían en su suerte.

Ocurrió algo parecido en las contaminadas aguas de Manila y en los manglares costeros deforestados y atosigados por los veraneantes, que presenciaron cómo más de cien ballenas embarrancaron con decisión en una de sus islas y allí fueron un festín para las moscas. Hasta las ratas se atrevieron a salir de sus escondites para curiosear alrededor de los desechos de músculo y grasa que alguien les ofrecía. Los únicos que no lo agradecieron fueron los veraneantes, empachados de mal olor y confundidos por la evidencia de que el instinto de muerte existe y puede expresarse de diferentes formas, lo que suponía una tesis poco apropiada para quienes buscaron un descanso que las ballenas se empeñaron en negar.

¿Por qué una ballena busca quedarse varada en la arena de una playa?, pregunta una voz en un susurro lento y grave, casi inaudible, capaz de atravesar un espacio en el que paradójicamente falta el aire capaz de conducir ondas sonoras. La pregunta viaja hasta Plutón y más allá.

La voz que susurra rompe a reír. Las enanas rojas encogen entonces, al escuchar esa risa. Cada molécula de helio se estremece y se esconde de vuelta en el regazo del sol. Aquí dentro, en la cámara de los sacrificios, las ballenas azules volteadas que aún se atreven a expeler algo de sal y de vapor por sus poros superiores se agitan con un jadeo postrero y dictan un mensaje del que nadie toma nota: *Sigue aquí, está en el mar. Ríe y elabora gangrena entre los batientes.*

Trece.

Transición, metamorfosis, peligro, desmesura.
Cambio, reanudación y final. Adverso. Nefasto y sombra.

Mobymelville.